

La extraordinaria historia de Juan Barreto 35 y 36

Carlos Roncero

Capítulo 1

35

Los toros fueron el centro de la conversación hasta los postres. Luego del almuerzo en casa del pintor, Juan Barreto acompañó a Rocío y Cardosa al teatro, aunque bien podría haberlos acompañado a cualquier sitio, dada la melancolía que padecía desde que hablaban de los males de España. Por mucho que insistió la joven, no consiguió librarse de la presencia del militar.

- Ni por un barril de oro te dejo sola con esa compañía de haraganes zarrapastrosos.

Fue entonces cuando Juan Barreto recordó la irrupción de Cardosa en casa del artista.

-¿Podéis decirme, capitán, por qué vuestra espada estaba ensangrentada cuando llegasteis a casa de don Francisco?- le preguntó Juan Barreto.

- Por Dios, Cardosa, ¿es que no puedes ir a ningún sitio sin matar a nadie?- le inquirió Rocío.

- ¿Es que ya has olvidado lo que tú hiciste en Toledo?- protestó el militar, quien posó sus ojos en los del maestro, reprochándole el haber sido tan indiscreto delante de la joven.

- Seguí a uno de los que nos siguen- confesó.

- Ay, virgencita, ¿es que nos siguen?- interrumpió Rocío alarmada.

- Desde que llegamos a esta cloaca de ciudad- escupió Cardosa-. ¿Veis?- dijo mirando con severidad al maestro-, habéis conseguido alarmarla. ¿Es que no sabéis cómo se comporta cuando se alarma?- el oficial acompañó su suspiro con un refunfuño- Nos siguió hasta la casa de ese supuesto pintor. Salí con la intención de despistarlo y lo conseguí; era un aficionado.

- ¿Era?- preguntó con miedo el maestro.

- Sí, era, y no me interrumpáis u otro aficionado más le acompañará pronto, ¿entendido? Cuando vio que me había perdido, volvió sobre sus pasos y acabó en una fonda de mala muerte, lo cual me extrañó

y me hizo descartar por completo a la guardia del rey. Ese no nos seguía por lo de Toledo. Esperé pacientemente hasta que por fin salió, pudiendo verle la cara. Algo no me encajaba, era como si su rostro no fuera de tierra.

- ¿Pues de qué va a ser entonces?- preguntó con burla Rocío.

- Me refiero a que parecía un marinero- explicó molesto con la intervención de su amada.

- Un pescador- dijo ella.

- ¿Por qué va a querer seguirnos un pescador?- preguntó él a modo de reproche.

- No lo sé- respondió ella molesta porque se la tratara como una ignorante- ¿no le preguntaste antes de matarlo?

- Oh- se quejó él golpeando el asiento del coche- confíale una preocupación a una mujer y esta te la multiplicará por mil, os lo garantizo, Juan Barreto; por mil demonios que así es.

De algún modo, Juan Barreto veía cierta substancia de don Diego en el militar. Sus gestos, alguna de sus frases, la mirada. Ni que decir tiene que no se le pasó por la cabeza comentarle su impresión.

- Aproveché que se metió en un callejón para tropezármelo de frente. En cuanto me vio sacó el cuchillo, os lo juro, que me parta un rayo si no fue así. No medió conmigo ni una palabra y saltó sobre mi yugular. Debieron informarle mal sobre quién era yo, de lo contrario no hubiera cometido semejante osadía.

- ¿Y no pudiste preguntarle nada?- protestó Rocío perpleja.

Cardosa negó con la cabeza.

- Mi estocada fue certera, no podía ser de otra manera. Solo tuvo tiempo de expirar en mis brazos.

- Qué tierno- apuntó ella con ironía.

- Pero de una cosa estoy seguro: ese hombre olía a mar.

Poco pudieron añadir a la conversación pues el cochero detuvo su marcha anunciando la llegada al destino indicado.

Encontraron a Crispín menos hospitalario que en su primera entrevista. Sonreía y adulaba, e incluso se inclinaba aparentemente sumiso, pero

para Juan Barreto era evidente que el viejo trataba de ocultar sus nervios, o, al menos, algún tipo de inquietud. No tenía la soltura con la que se había presentado, sus ojos no brillaban, su sonrisa asomaba encogida y su comportamiento era extrañamente torpe con Rocío.

El maestro y Cardosa observaban los ensayos desde el patio de butacas. De pronto, una voz irrumpió en la escena.

- ¡Alto a la guardia del rey!

El propietario de la voz no se hizo esperar, apareciendo en el escenario vestido de oficial de la guardia real y con su espada desenvainada. Por el otro lado de las bambalinas se asomaron otros soldados en clara actitud hostil. El oficial se acercó a Rocío y la cogió por el cuello.

- Estáis todos arrestados.

Sus hombres avanzaron hasta el filo del escenario y apuntaron con sus armas a los dos espectadores que, perplejos, se miraban el uno al otro.

- ¿Eso es de la obra?- preguntó el maestro.

Cardosa apretó la mandíbula con rabia pues había comprendido la trampa en la que habían caído.

- No, maldita sea- susurró entre dientes para de inmediato levantarse-. Venid aquí y apresadnos si sois tan valientes como vuestros gritos parecen indicar- y mostró su espada aún ensangrentada.

A poco que miraron a los lados, vieron que por el patio de butacas también se habían apostado varios soldados.

- Vamos, venid, os estamos esperando- continuó gritando el capitán. Juan Barreto se convenció de que él era el único de los dos con la cordura suficiente para conocer la gravedad del asunto. Por ello, se atrevió a coger al capitán del brazo y contener su furia.

- Capitán, os lo ruego- le susurró-, estos no están muertos, ni son resucitados. Estos están muy vivos, son muchos y tienen armas de fuego. Recapacitad.

Cardosa clavaba la vista en el oficial. Con respiración agitada asimilaba con trabajo las palabras del maestro. Ni aunque el honor se hubiera aliado con la dignidad, habría podido derrotar a tan numerosa hueste. Con un resoplido tiró la espada.

- Por esta vez tenéis razón, maestro, pero solo por esta vez- le señaló el militar-. Y tú, rata de cloaca- le gritó a Crispín-, no eres más que un sucio

traidor. Debimos darnos cuenta nada más ver tu cara de sapo estreñado. Escupo sobre tu apestoso teatro.

Y lo hizo. Fueron encadenados y arrastrados para sacarlos del recinto, incluida Rocío. Los insultos y juramentos volvieron a llover sobre el viejo director al pasar a su lado. Cardosa hacía por alcanzar con las manos su cuello para estrangularlo.

- Por favor, compendedlo- se disculpaba el actor apretando las manos a modo de súplica-, llegaron antes que vosotros, llegaron antes que vosotros- repitió más alto para asegurarse de ser escuchado.

Los separaron en dos carromatos, viajando sola la joven andaluza.

- No te preocupes- gritaba el capitán a Rocío desde su vehículo-, iremos a por ti; por mi vida que lo haremos.

El capitán apretó los barrotes de la puerta al ver alejarse el carro de su amada.

- Tú y tu estúpida idea de ser actriz- dijo en un lamento más para sí mismo que para ella, tras lo que se sentó hundiendo la cabeza en sus manos.

- Capitán, nos hubieran arrestado en cualquier otro sitio.

- Callaos, os ordeno que os calléis. No tengo mi espada, pero tengo mis manos y os juro que son tan letales como ella, de modo que cerrad la boca.

En silencio entraron en prisión y en silencio permanecieron durante las primeras horas de encierro. Ante el sufrimiento silente del capitán, Juan Barreto tuvo a bien meditar sobre los acontecimientos recientes. Su primera reflexión empezó por ser un lamento pues aquella era la tercera vez que le encarcelaban en muy poco tiempo. Temía acabar acostumbrándose a la pérdida de libertad, en especial porque en esa ocasión el peligro era mucho más grave de lo que había sido en las ocasiones anteriores. Encubrir y ayudar a una mujer que había castrado con sus propios dientes al hijo del gobernador de Toledo. No se lo ocurría cómo iban a poder salvar semejante situación. Pensó en Rocío, en los tormentos por los que debía de estar pasando en medio de la oscuridad de su celda. Si ellos dos compartían su estancia con ratas y humedades, no quería ni imaginar el escenario carcelero de su amiga. Esta vez no podría salvarla, empezando porque no se le ocurría quién podría salvarle a él.

Miró al capitán y sintió lástima. Un hombre rudo, intolerante, cerrado y, sin embargo, profundamente enamorado de una mujer que jugaba con él lo mismo que una niña con un perrito faldero. Podía

imaginar su tormento, encerrado como un tigre, dando una y mil vueltas sobre la imagen de su amada, conteniendo su furia y su sed de venganza. Al ver cómo sus manos se cerraban continuamente con rabia adivinaba, sin temor a errar, que el capitán estrangulaba repetidas veces el cuello nervudo de Crispín. Quiso hablarle, pero ¿qué podía decirle?, ¿cómo animarle sin que le soltara un zarpazo? Bien sabía que si en esa celda tuviera lugar una conversación, debía empezarla el militar.

Juan Barreto apoyó la espalda en la fría pared de ladrillos y pensó en la libertad. No se imaginó nada peor que perderla. Pero, en definitiva, ¿qué era la libertad?, se preguntó con escepticismo. ¿Quién podía realmente afirmar que gozaba de libertad plena? ¿Solo las desgracias nos reducían la libertad o también las responsabilidades? ¿Ser libre podía equiparse a la felicidad?, ¿podía existir esta sin libertad? ¿Y viceversa? Movi6 la boca impresionado por esa última cuesti6n.

- ¿Qué barruntáis?- preguntó el capitán sin levantar la cabeza- parecéis una vieja en un velatorio.

- Nada- contestó Juan Barreto con el temor de haber estado haciendo algo digno de ser reprobado.

- ¿Cómo que nada? No habéis parado de gesticular; lleváis horas haciéndolo. Sinceramente, ¿creéis que a un hombre como yo en estas circunstancias es conveniente mentirle?

- No, lo cierto es que no.

- Entonces, contestad, demonios.

Juan Barreto buscó las palabras adecuadas.

- Pensaba en la libertad.

- ¿Y para eso gastáis tanto tiempo? Ya os lo digo yo: no existe.

- ¿Ni un poco?

-Nada, ni una pizca, ni lo que pesa una hoja de azafrán, ni lo que pesa el viento- le contestó mirándole.

- ¿Ni siquiera ahí fuera?

- Es que yo hablaba de ahí fuera- protestó-, ¿de qué podía estar hablando si no? ¿No habéis aprendido nada en todos esos libros? Uno cree ser libre, pero está atado a su trabajo, a las deudas, a la lealtad; incluso

el amor le oprime su pretendida libertad.

- ¿No será que la comparte con la persona amada?

- Patrañas. Nada de eso ocurre; son fantasías, Juan Barreto; y, sin embargo, caemos en ella una y otra vez, irremediablemente, sin posibilidad de escape- dejó pasar unos segundos en silencio para luego sonreír con desilusión-. ¿Y vos me preguntáis por la libertad? Esperad a que pasemos unos cuantos años aquí; ¿qué digo años? Semanas-recalcó-, y entonces sabréis lo que es la verdadera libertad. La conoceréis tan a fondo que incluso esta celda de mierda os parecerá un mundo por descubrir. Os desviviréis por visitar aquel rincón, o aquél, o ese otro. Y en cada uno de ellos disfrutaréis de la más pura libertad. Contaréis varias veces al día cada uno de los ladrillos de este calabozo; incluso les pondréis nombres a todos. Hasta las ratas serán vuestras amigas, podéis estar seguro.

Juan Barreto decidió no hablar más. Era evidente que el capitán había sucumbido a la desesperanza que conlleva la impotencia. Convenía, pues, guardar silencio y esperar a que el destino le proporcionara un nuevo giro a su vida. La cuestión era, ¿habría un nuevo giro o esos barrotes representaban el final del camino?

36

Las horas se convirtieron tortuosamente en días y estos dieron una vuelta completa a la semana. Juan Barreto creía haber pasado hambre en su vida pero viendo el miserable régimen al que los tenían sometidos, tuvo que reconocer que no había pasado por nada semejante. No era ya hambre, era dolor, desfallecimiento. Con dos sorbos de agua, un poco de sopa y pan duro por día resultaba espinoso sobrevivir. Desde el tercer día había decidido levantarse lo menos posible y ahora, sencillamente, se arrastraba para alcanzar el rincón donde hacían sus necesidades. Eso sí, reservaba todas las fuerzas restantes para rechazar a las ratas, tratando de impedir que se cumpliera así la predicción del capitán sobre el afecto que les profesaría a tan repugnantes animales. Su principal terror era, por encima de cualquier otro, que le royeran las orejas o la nariz mientras dormía. Se convirtió en una obsesión que apenas le permitía cerrar los ojos y, cuando lo conseguía, era para soñar con ratas que le devoraban las orejas y la nariz. También retenía algo de

arrojo para admirar a su compañero de tribulaciones.

Cardosa no se movía. Permanecía sentado durante horas con la vista perdida en algún punto de la pared. Diríase que se encontraba de cuerpo presente, pero su mente seguramente andaría muy lejos estrangulando a alguno de sus enemigos. ¿Cómo era posible que jamás saliera de su boca un lamento, que sus expresiones no marcaran jamás los síntomas del decaimiento? Pensó el maestro en algún tipo de entrenamiento militar para cuando, tras el desarrollo de alguna batalla, le retuvieran como prisionero. Intentó imitar comportamiento tan encomiable ante la adversidad pero le resultó imposible; en cuanto perdía sus ojos en la pared, el hambre le llevaba a pensar sin remedio en las carestías de su familia, en la muerte por tuberculosis de su madre y de su hermana pequeña.

La llegada de la comida se convirtió en el acto más deseado del día, pero no por la calidad del alimento, huelga decirlo, sino porque rompía el silencio asfixiante del lugar. Aunque al principio le molestara, llegó a adorar los golpes que el carcelero daba siempre en las rejas solo para molestar. Deseaba oír los insultos que le dedicaba con especial inquina y por sistema, como si ello fuera una condición propia e indispensable para ser carcelero; Juan Barreto las recibía ya como palabras llenas de dulzura y esperanza. Luego el carcelero se iba y regresaba la desolación de la soledad.

Empezó a perder el sentido del tiempo: ¿llevaba siete días o siete años? Incluso había dejado de preocuparse, por olvido, del paradero de Rocío. Cuando miraba al capitán veía en su rostro a la andaluza y empezó a odiarle por eso; al menos él podía evadirse con bellos recuerdos. Deseaba Juan Barreto sumergirse en la fantasía, volar, bucear en las profundidades, escalar a lo alto de un mástil, luchar con la habilidad y fiereza del capitán, pero siempre que lo intentaba el hambre le abría los ojos. Creyó morir; de hecho, estaba convencido de que su última hora había pedido cita para visitarle. Quería llorar, pero no podía, no por vergüenza, sino por la sequía de sus lagrimales. A semejante ritmo, su degradación total como ser humano no tardaría en completarse.

Un día, el carcelero golpeó los barrotes con más tirria de lo acostumbrado, como si descargara en ellos una frustración reciente. Juan Barreto quiso animarse por la novedad pero le fallaron las fuerzas. Sus párpados apenas aguantaban abiertos lo suficiente como para ver que el cancerbero venía acompañado. No los distinguió bien, pero intuyó que se trataba de la misma guardia que les había arrojado en aquel agujero; al menos los uniformes les delataban como tales. El chirrío de la puerta le desgarró el alma. Sintió entonces que lo levantaban del suelo. Quiso explicarles que no tenía fuerzas para mantenerse en pie, pero no hizo falta pues dos de ellos le sujetaron por las axilas mientras un tercero le vendaba los ojos. Fue entonces cuando los alaridos del capitán le

taladraron el cerebro. Creyó que dos cuchillos le entraban con saña por sus oídos indefensos. Gritaba el capitán jurando y perjurando que los mataría a todos, que su honor no quedaría mancillado y que de ninguna de las maneras se lo llevarían de ahí con los ojos vendados. Si al maestro le quedaban por aprender insultos y maldiciones de la época, las aprendió todas en ese instante de la boca del capitán.

Anulada la visión, Juan Barreto hubo de guiarse por sus sensaciones. Abandonaban esa cloaca inmunda, de eso no le cabía duda. A medida que avanzaban, el aire se presentaba menos viciado, más respirable, agradeciéndolo sus pulmones a cada paso que daban. A pesar de su severo vendaje, percibía la claridad del día. La agradecía incluso en aquellas circunstancias. Habían sido conducidos a una especie de patio, donde el capitán continuaba con sus blasfemias y amenazas; él, sin embargo prefería la dulce sensación de no oponer resistencia. No le importaba lo más mínimo su nuevo destino, simplemente disfrutaba del traslado como si fuera la mejor experiencia de su vida. Oyó el relinchar de unos caballos que se aproximaban. Figuró enseguida que la mudanza era lejana. En efecto, pronto les obligaron a subir a un carromato cuyo fin era el traslado de presos. En cuanto el sostén de los soldados desapareció de sus sobacos, se desplomó al suelo. Hizo por sentarse mientras Cardosa juraba vengarse de todo lo movable.

Un látigo fustigó el aire y el carro empezó a moverse. Juan Barreto se aferró a los barrotes y sacó la nariz entre ellos; aquel aire era como una bendición para sus vías respiratorias. Abandonaban la prisión. De inmediato se le hizo evidente que recorrían la ciudad, pues sus olores y rumores invadían sus sentidos; lo recibió todo con alegría, incluso los insultos y risas que les dedicaban los viandantes, agradecidos con encono de ver a personas más desgraciados que ellos.

El aire surtido de Madrid se fue diluyendo con el paso de los minutos hasta abandonarlo por completo. Atravesaban el campo, la brisa fresca de la mañana así se lo indicaba. Por fin pudo llorar; creía que jamás volvería a hacerlo, pero aquel aire puro, limpio, bañado de monte le humedeció lo suficiente sus lagrimales. Lloró en silencio pues bien sabía que el capitán le increparía esa actitud con quién sabe cuántos improperios. El canto de los pájaros acompañó al carromato durante kilómetros. Tan reconfortado se sentía, tanto agradecimiento salía de su corazón que al maestro no le importó morir en aquel momento; si aquel iba a ser su destino, lo recibiría de buena gana tras el festival de sensaciones que se le estaba brindando.

El silencio del militar durante el camino le extrañó, pero no tanto como para pedirle explicaciones; adoraba su mutismo pues contribuía al hechizo del momento. De pronto, los cascos de los caballos le anunciaron que abandonaban la tierra del camino para entrar en una calzada. Supuso que se aproximaba el fin del trayecto. Un aroma intenso y fresco de arrayanes le golpeó el rostro. Poco lo pudo disfrutar pues la voz del

cochero ordenó detenerse a las bestias.

El cerrojo de la puerta se abrió y dos manos le sacaron del carro sin contemplaciones. Para su sorpresa, las piernas ya le respondían. En cuanto le tocaron, el capitán reanudó su catálogo de insultos provocando el definitivo final de aquel viaje encantado. Les obligaron a subir por una interminable escalera de piedra. La luz natural se atenuó, haciendo suponer al maestro que habían entrado en una mansión o un palacio a juzgar por el larguísimo recorrido que hacían. Se detuvieron al fin. Uno de los hombres llamó a una puerta asustando al maestro. Con un débil lamento la puerta indicó que había sido abierta, momento en el que dieron unos pasos más hasta volver a pararse.

Nada sucedió durante unos minutos. Era como si les hubieran dejado ahí solos, esperando a que el silencio convenciera al capitán de la conveniencia de interrumpir sus furiosos y perennes improperios. La situación hizo a Juan Barreto sentirse observado; era una sensación que le incomodaba en grado máximo. ¿Se trataba acaso de una especie de tortura?, ¿esperaban a algún tipo de señal para ejecutarles? La estrategia empezaba a dar resultados pues el militar había cesado en sus quejas, ¿o lo habían asesinado en silencio? Los nervios hicieron mella en el maestro.

- ¿Hola?- dijo probando suerte.

Su llamada fue contestada por un sonoro golpe en la cabeza.

¡Silencio, habla cuando se te pregunte, prisionero!

Lejos de asustarse, el maestro se tranquilizó; si debía responder cuando se le preguntara significaba que alguien estaba interesado en sus respuestas, por lo que podría disfrutar de la vida los minutos que se prolongara el interrogatorio. Sintió entonces que le desamarraban con brusquedad la venda. Tanto la luz como el lujo del lugar le cegaron por un instante; cuando sus pupilas pudieron asimilar las nuevas circunstancias buscó al militar para encontrarlo en una profunda y rígida reverencia. El maestro siguió la dirección de tan intensa cortesía hallando a un hombre de aspecto ceremonial sentado en una gran butaca que le miraba con expectación. Llevaba una peluca que a punto estuvo de hacerle sonreír de no ser por el golpe que el capitán, sin abandonar su postura, le propinó en el estómago. Eso le hizo inclinarse ante el hombre sentado.

- Majestad- dijo el capitán con absoluta pleitesía.

Juan Barreto levantó atónito la mirada. Ahí estaba, el monarca, Carlos III en persona, con aquellas facciones amigables, los ojos ligeramente estrábicos y el rostro consumido por la edad. Posaba tranquilamente las manos sobre sus piernas cruzadas. El sentido común le dictó al maestro mantener su reverencia hasta que el rey diera señales de

vida, cosa que no tardó en suceder.

- General Cardosa- dijo al fin con serena admiración, al tiempo que con un leve gesto de su mano les indicaba que se reincorporaran. Juan Barreto miró impresionado a Cardosa pues el monarca le había ascendido varios grados en el escalafón militar.

- Excelencia- saludó Cardosa, esta vez con un ligero movimiento de la cabeza.

No muy lejos, a la derecha del monarca y detrás de él, un hombre vestido con elegancia exquisita y larga peluca oscura aguardaba en silencio, lo mismo que una fuente a la espera de ser activada. Fruto de una irritante sensación de familiaridad, el maestro no pudo apartar la vista de su rostro, aunque procuró estar atento a la conversación entre el rey y el militar.

- Ha pasado mucho tiempo-, continuó el monarca.

-Mucho, majestad.

-De hecho, pensé que nuestros caminos no volverían a cruzarse, pero he aquí- y alzó con ánimo las palmas de las manos-. Tengo entendido que te haces pasar por capitán.

- Os lo puedo explicar, majestad, no fue algo que yo buscara a posta, quiero decir...

Nunca antes había visto Juan Barreto al capitán en una actitud sumisa; el contraste le conmocionó tanto como ver a un león dominado por una gacela.

- Tranquilízate, Cardosa; conozco tu historia, no vayas a creer que te había olvidado. Parece que andas recorriendo mi reino con un maestro- y miró a Juan Barreto, quien no comprendió por qué todas las miradas le apuntaban. Ante su inmovilidad, el militar le volvió a golpear el estómago provocándole una nueva reverencia; solo entonces el monarca continuó hablando-. Y todo para entregarme unos papeles del Conde de Cerronegro- Juan Barreto abrió los ojos impresionado por la noticia-. Sí, no os extrañéis, mi buen maestro. La guardia registró el cuchitril donde os hospedabais. Pobre Conde, está desesperado por recuperar mi favor, y en realidad, no ha hecho mal en enviarme estos papeles, pues contienen una información muy valiosa y que, en cierto modo, os concierne a vosotros dos.

Carlos III guardó silencio deliberadamente para estudiar las reacciones de los presos ante esa revelación. Cardosa se mostró

impasible, mientras que el maestro miró con sorpresa al capitán.

- Nada sé de esos papeles, majestad- anunció Cardosa con la calma del inocente.

- Disimulas muy mal, general, pero lo mismo da; eso ahora es irrelevante. Don Alfonso, si tenéis la bondad- y el rey movió su mano derecha indicando que se acercara a aquel hombre que se había mantenido en segundo plano y en total silencio. Con un andar muy afeminado y la mano izquierda ligeramente alzada, don Alfonso se detuvo a la vera del monarca. Cuanto más lo miraba, más terriblemente familiar le resultaba su rostro al maestro, en especial la mirada- No sé, Cardosa, si conoces al Marqués de Cercedilla- Don Alfonso inclinó ligeramente la cabeza, aunque dándole a su movimiento un tinte algo melodramático. El lunar de su mejilla derecha dulcificaba su ancho rostro. Juan Barreto quiso intervenir para anunciar que él sí que le conocía y que se moría por saber de qué.

- No, majestad, me temo que no.

- Yo sin embargo sí que he oído hablar de ti, general- la voz de don Alfonso estaba totalmente desproporcionada respecto a su cuerpo corpulento; una voz fina llena de amaneramiento y algo gangosa; además, el marqués era incapaz de hablar sin mover de forma ostensible su mano izquierda- Conozco todas tus proezas, incluida tu triste historia de Toledo.

- No remuevas el pasado del general, te lo aconsejo, Alfonso- intervino el monarca.

El marqués se disculpó con una afectada reverencia. Juan Barreto sufría hasta el tormento tratando de recordar la presencia del marqués en su vida.

- El bueno del marqués, que de manera tan eficaz me ha servido en numerosas ocasiones- Don Alfonso se inclinó esta vez al rey- tiene la desgracia...¿podríamos calificarlo como desgracia, don Alfonso?- este afirmó sentidamente con la cabeza-. Bien; desgracia será, pues. Como te decía, Cardosa, el marqués sufre la desgracia de tener un hermano un tanto díscolo, por dulcificar un poco el epíteto- y sonrió. En aquel momento, una lucecita reveladora se encendió en la cabeza de Juan Barreto.

- ¡Claro, vos sois hermano de don Diego, el pirata!- exclamó feliz el maestro, llegando incluso a dar una palmada para celebrarlo. Los tres le miraron estupefactos, en especial el rey, atónito al ser interrumpido de semejante manera. No tardó el maestro en percatarse de su error y se inclinó, esta vez sin necesidad de ningún puñetazo- Os ruego perdonéis mi osadía, majestad- y permaneció con la reverencia esperando el dictamen

del monarca, quien, al fin reaccionó.

- Tu temeridad queda perdonada, mi buen maestro, pero te ruego que no concedas a ese pirata el título de don; no lo merece, es un ladrón; un ladrón que ha hecho un significativo daño a mi reinado- volvió a levantar la mano para que prosiguiera don Alfonso.

- En efecto- dijo el marqués ante la venia del Borbón- Diego es la mácula que deshonra mi familia, mi linaje, limpio, pío, incorrupto hasta nuestra generación. Reconozco ser responsable de parte de este desastre- y se llevó la mano a la cabeza con aire dramático-. No supe controlarle.

- Por favor, marqués, no te tortures; ya hemos hablado de esto. Tú no eres responsable de las fechorías de tu hermano.

- Sois generoso en verdad, majestad- y quitó con gesto trágico la mano de su frente- Como iba diciendo, mi hermano es la desgracia de la familia. Mucho he intentado hacerle entrar en razón, pero siempre en vano.

Juan Barreto imaginaba al marqués con una profusa barba y solo le quedaba llamarle don Diego, tal era el parecido entre ambos.

- Pero eso se acabó- intervino el rey siempre con expresión complaciente-, o al menos eso es lo que pretendemos, pues ha llegado a mis manos un artilugio, dos para ser concreto, que ese maleante debe de estar anhelando volver a tener en su poder- miró entonces al marqués.

- Dos cuchillos, dagas, para ser más precisos de una calidad extraordinaria- casi deletreó esta palabra don Alfonso- Originarias de oriente, de la India, o eso creemos. El caso es que tenemos poderosas razones para pensar que estas dos dagas están relacionadas de alguna manera con el tesoro de mi hermano. Al menos, eso es lo que hemos deducido del informe que el escribano llevaba en su cartera.

- Ya imagináis- continuó el monarca- que ese tesoro representa las riquezas que ha ido saqueando a los buques de mi armada. Las dagas llegaron a mí por extrañas circunstancias, pasando de mano en mano, aunque parece ser que el primero en tenerlas fue precisamente, el comandante de la Santísima Trinidad- entonces, por primera vez, las facciones plácidas del monarca se tensaron- Ese inepto le dejó escapar en Cádiz, justo delante de tus narices, ¿no es cierto, Juan Barreto?- un escalofrío que partió del corazón y le llegó a la mirada dejó sin respiración al maestro- Oh, no es para tanto-le calmó el Borbón-, sobradas razones tenemos para pensar que no tienes nada que ver con él, pero el caso es que has estado en su presencia, ¿no es así?- el maestro asintió temeroso con la cabeza- tú y la hija del de Cerronegro...-chasqueó los dedos

mostrando su esfuerzo por hacer memoria.

- Rocío, majestad- le ayudó don Alfonso.

Cardosa quedó alerta al oír el nombre de la andaluza, a lo que el rey sonrió con deleite.

- Bella mujer, hermosísima, aunque un tanto...-buscó la palabra sin apartar la vista de Cardosa- tosca, eso es, tosca, ruda. Ella, a su manera, ¡Y qué manera!- añadió simulando asombro- me ha hecho un gran servicio. Cuando llegó a palacio la fechoría que la hija del Conde había cometido en Toledo, todos coincidimos en escandalizarnos, aunque, en el fondo, yo me alegré; sí, y mi alegría la ha salvado de consumirse en la cárcel. Cardosa, si tu cometido era cuidar de esa joven, me temo que no has sido muy hábil en ello. ¿Acaso has perdido facultades?- el monarca compartió su sonrisa con el hermano del pirata, que parecía disfrutar de la escena- El caso es que el hijo del gobernador de Toledo se había convertido en un incordio. Decenas de denuncias de violación me habían llegado a través de su secretario, al que tú conoces bien, Cardosa; hombre recto y leal donde los haya, desde luego. ¿Pero qué podía hacer yo ante un hijo de La Grandeza española? Tenía atadas las manos, así, como lo oyes. Mi moral sufría y mi rectitud como monarca también hasta que esa joven me solucionó el problema de forma tajante, nunca mejor dicho, pues ese incordio ya no volverá a violar a nadie más- y esta vez compartió una risa breve con don Alfonso-. Resumiendo, Cardosa, he perdonado a tu protegida. Si veo que el gobernador me molesta mucho con su sentido de la justicia, le ofreceré algún cargo apetitoso en Las Américas que, de seguro, no rechazará.

A medida que le escuchaba, Juan Barreto comprobaba que el monarca era tal y como lo describían los libros. Justo, recto, templado. Había leído a historiadores que incluso lo catalogaban como el mejor de los monarcas borbones que había tenido España.

- Como comprenderás, mi buen general, si perdono a...-volvió a chasquear los dedos.

- Rocío, majestad- le contestó servicial don Alfonso.

- Eso. Si la he perdonado a ella, también os he perdonado a vosotros dos- el maestro trató de esconder su alivio; Cardosa, sin embargo, continuaba tan impávido como una roca- Claro que mi perdón no está exento de un pequeño servicio. ¿Qué me dices, Cardosa? ¿Estás dispuesto a prestar un servicio a tu viejo rey?

El militar mantuvo la mirada en el monarca el tiempo que le duró

el orgullo.

- Por supuesto, majestad- y se inclinó.

- ¿Y tú, Juan Barreto?

El maestro se inclinó visiblemente agradecido.

-Estoy a vuestros pies.

-Bravo entonces por los dos. Umm, Juan Barreto- mencionó meditativo- tienes un nombre de lo más peculiar. Resulta muy...- miró a don Alfonso buscando de nuevo su ayuda-¿cómo dijo Goya que era?

- Sonoro, majestad.

- Eso es, coincido totalmente; es el tuyo un nombre muy sonoro. Lo celebro- el Borbón alzó la voz animado- Bien, por de pronto vosotros dos os daréis un buen baño, pues el olor que desprendéis roza lo nauseabundo. Permaneceréis aquí los tres, en este palacio de Segovia hasta que recibáis instrucciones. No estáis confinados pero se os aconseja que no salgáis de los límites del edificio y sus jardines. Mientras tanto, llevaréis una vida normal e incluso podréis recibir visitas, siempre bajo la supervisión de don Alfonso y mi consentimiento, por supuesto.

- Por supuesto- ratificó Cardosa repitiendo su reverencia.